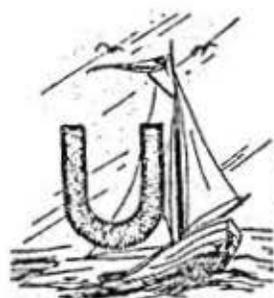


LA RESPONSABILIDAD DEL MANDO

Por

Theodore J. LEPSKI

Cap., Ejército de los EE.UU. de América



UN JOVEN grupo de cadetes ávidos pero cándidos estaban contemplando la estatua del general George S. Patton erguida silenciosa e impassible en un pedestal de granito frente a la biblioteca de la Academia Militar de los Estados Unidos.

Precisamente al mismo tiempo el general Patton se encontraba ante un tablón de noticias en el Club de Oficiales del Valhala (1) en donde leyó una orden exigiéndole comparecer ante la junta de directores inmediatamente. La directiva estaba firmada por ¡Alejandro Magno!

La vasta matrícula del Club de Oficiales en el Valhala es muy inspiradora y es bien conocida por todos los estudiantes del arte y la ciencia militares. La historia evolutiva del mundo ha sido escrita en gran parte alrededor de las proezas fabulosas de sus miembros.

Se dice que NO hay cuotas que pagar —la bebida es GRATIS—, el único requisito de admisión es haber sido un soldado de reputación honorable. Pocos reglamentos son necesarios y la atmósfera general es una de respeto mutuo a pesar

(1) Campos Eliseos de la mitología escandinava donde moraban los héroes militares muertos.

de que muchos de los miembros lucharon entre sí en sangrientas campañas algunos días o evos atrás.

La junta de directores está compuesta de algunos de los más grandes capitanes e ilustres caudillos militares del mundo cuya responsabilidad principal es decidir sobre los nombramientos a la Academia de la Fama Militar. Aunque su tarea es muy difícil y requiere mucho tiempo, el prestigio y el juicio cabal de los miembros de la junta han probado ser infalibles. Aun aquí, en un lugar de reposo para soldados, "la responsabilidad va unida a la capacidad y el mando". Muy comprensiblemente, ellos han alcanzado áreas objetivas de acuerdo sobre los principios del don de mando, debido principalmente a su larga asociación con lo mejor en la esfera militar. La junta es dinámica en su tratamiento de esta materia, buscando en cada oportunidad probar la validez de sus conclusiones.

Actualmente están ocupados en un proyecto para determinar la importancia y la pertinencia de los siguientes principios del don de mando:

1. Buscar la responsabilidad y desarrollar el sentido de la responsabilidad entre los subordinados.

2. Hacerse responsable de sus acciones, sin importarle cuáles sean sus resultados.

Federico el Grande ha sido designado

como jefe del proyecto, y otros miembros del grupo en cuestión son:

Julio César

Amílcar Barca

Napoleón Bonaparte

George Washington (secretario de causas).

Alejandro, presidente de la junta de directores, ha consentido liberalmente a que el grupo de estudio sobre el don de mando se reúna en conjunto en un proceso, listo para iniciarse, acerca del nombramiento de un norteamericano de nombre George Smith Patton para la Academia de la Fama Militar. Los principales ya están en sus sitios. El general Foch, oficial de orden, pide silencio y el examen comienza.

A todos los miembros se les toma el debido juramento en la forma militar usual. Surge alguna discusión sobre el orden de jerarquía, la cual es prontamente resuelta por Alejandro. Washington lee la orden autorizando la junta y se prepara para el planteamiento del caso.

"Con la venia de la junta", interrumpe el defensor de Patton, "el candidato pide respetuosamente la recusación de Héctor por causa".

Alejandro frunce el ceño momentáneamente ante esta jerigonza legal tan recientemente introducida en Valhala y después de consultar rápidamente las Ordenanzas Especiales sobre procedimiento, pide a la defensa que presente evidencia.

Héctor es llamado a declarar, es juramentado, y el defensor de Patton comienza el interrogatorio.

"¿Es o no cierto que usted expresó su desaprobación de Patton ante un grupo de miembros del club justamente antes de reunirse esta junta?"

Héctor se mostró huraño pero contestó con la afirmativa.

"Explique a la junta las razones para sus declaraciones".

"En su infancia, Patton jugaba a menudo con sus amigos e invariablemente asumía el papel de Aquiles y proclamaba que como tal él era un espadachín superior a Héctor. Naturalmente, esto no es cierto porque...

Alejandro intervino impacientemente. "Indudablemente su opinión está prejui-

ciada y obviamente está fuera de lugar. ¿Tiene usted algo más que decir?"

"No, señor".

"Entonces se debió haber inhibido usted mismo", advirtió Alejandro. "Queda usted relevado".

Héctor saludó marcialmente a la junta y salió violentamente de la sala.

"Continúe el proceso", ordenó Alejandro. Washington llamó a Patton a declarar. Patton dio una ojeada a los miembros de la junta. Por primera vez en su memoria se sintió sobrecogido ante la presencia de este famoso grupo. Se incorporó y saludó con marcialidad a la junta. El juramento le fue tomado.

Alejandro, malhumorado, golpeó con su puño sobre la mesa y rugió: "Aquí es absolutamente innecesario el juramento. Estas personas han sido cuidadosamente investigadas antes de su llegada aquí. Procedamos con el asunto en cuestión".

"Diga su nombre, señor".

"General George S. Patton".

"¿Cuáles fueron sus últimos tres destinos, general?"

Patton miró con sorpresa a Washington antes de acordarse de que en este lugar no existía el tiempo.

"Comandante General, Décimoquinto Ejército de los Estados Unidos; Comandante General, Tercer Ejército de los Estados Unidos; Comandante General, Séptimo Ejército de los Estados Unidos".

Washington le explicó el objeto del proyecto y le indicó que observara un trozo de película a ser proyectado con el propósito de que comentara sobre las acciones y las órdenes que observara.

Patton y los miembros de la junta se inclinaron ligeramente hacia el frente con expectación. La proyección comenzó y Patton inmediatamente la identificó como una película documental de la campaña de Sicilia durante la II Guerra Mundial. En la pantalla aparecía Patton recibiendo un telegrama de su comandante, el general Harold Alexander, ordenándole que ocupara una posición defensiva en la vecindad de Caltanissetta con el propósito de cubrir el flanco izquierdo de la retaguardia del Octavo Ejército Británico atacando hacia el norte.

El general Patton no ocultó su enojo ante el contenido del telegrama y llamó

a los generales Keyes, Wedemeyer y Gay a su puesto de mando. La película los muestra trazando un plan para un ataque envolvente con miras a tomar el pueblo de Palermo. Luego se ve a Patton volando hacia el cuartel general del general Alexander en el norte de África, donde le presenta el plan para su aprobación. Después de una larga discusión con el general Alexander, Patton sonrío y finalmente parte en viaje de regreso a Sicilia. Escenas subsiguientes muestran a todas las fuerzas de Patton en un avance general que, después de una ruda lucha, las lleva a Palermo.

La proyección terminó y el salón se iluminó de nuevo. Hubo un momento de silencio como si todos los presentes estuvieran en sitios remotos imaginándose estar participando en batallas.

Washington interrumpió el silencio preguntando: "¿Reconoce usted la acción, general?".

"¡Rayos y centellas! Ese es mi Séptimo Ejército rompiéndoles la crisma a los alemanes e italianos en Sicilia", dijo Patton. Casi instantáneamente se acordó de la directiva de Washington prohibiendo el uso de lenguaje blasfemo. El miró a Washington de reojo y tosió nerviosamente. Se notaron sonrisas casi imperceptibles en los rostros de los miembros de la junta.

"Explique sus acciones, general", dijo Washington en un tono de voz más severo. Patton cambió de posición en su asiento y dirigió sus observaciones a los miembros de la junta. "Yo siempre he creído que el principio cardinal del don de mando es la aceptación completa de la responsabilidad por la dirección de mi mando hacia objetivos legítimos y con propósitos determinados. Una vez yo acepto la autoridad, tengo que aceptar la responsabilidad que la acompaña. No es suficiente aceptar la responsabilidad por sólo una misión dada, sino que se tiene que hacer toda clase de esfuerzos por buscar responsabilidades del tipo que eleven el valor de mi organización para el próximo mando superior. En una crisis, el verdadero caudillo tiene que ser decisivo al encararse a las exigencias de la situación y tiene que estar preparado para asumir sin titubeos cualquier autoridad adicional que sea necesaria para afrontar la situación. Guiado por lo que

yo creo es la intención de mi superior, yo siempre estoy preparado para asumir toda la responsabilidad por mis acciones.

"En este caso yo creí sinceramente que el general Harold Alexander no quería decir exactamente lo que su directiva implicaba. Existía también una gran posibilidad de que él no estuviera al tanto de mi posición táctica. Por lo tanto, yo me tomé la libertad de trazar un curso de acción, el cual yo creía el general Alexander hubiera tomado si él hubiera estado en una posición semejante. Si hubiera existido una emergencia, yo no hubiera actuado sin antes tomar tiempo para obtener la aprobación. Desde luego, yo hubiera también reconocido mi posición en la cuestión de asumir la responsabilidad por la acción".

Los miembros de la junta hicieron un gesto de asentimiento. Alejandro Magno preguntó si alguien tenía algo que preguntar y Julio César se incorporó de su asiento, caminó hacia el testigo, observando detenidamente al general Patton por varios minutos. Finalmente, preguntó: "¿De qué estaban hablando usted y el general Alexander por tanto tiempo en la película, general?".

Patton respondió: "Yo le estaba explicando la situación al general Alexander y señalándole los varios elementos de mi plan de operaciones propuesto".

"¿Fue eso todo?", preguntó César.

"Se discutió otro asunto. El general Alexander estipuló que mi ataque fuera un reconocimiento en grande escala".

"¡Un reconocimiento en grande escala, general!", exclamó César. "Si yo recuerdo correctamente la película, yo vi por lo menos el equivalente de dos divisiones. ¿Nos podría explicar eso?".

Patton se sonrió un poco al recordar la situación y dijo: "Yo empecé todas las tropas que tenía disponibles al momento, general. Si el ataque hubiera fracasado yo hubiera sido relevado de mi mando".

César consideró la contestación por un momento, entonces regresó a su asiento preguntando: "¿Cómo resultó la campaña, general?".

Un general alemán que estaba sentado entre los espectadores se marchó violentamente del salón tirando la puerta estrepitosamente tras de sí.

"Olvídese de esa última pregunta".

dijo César. "No tengo más preguntas que hacer".

Washington entonces ordenó al coronel Jomini, secretario de la corte, a que leyera un pasaje de un documento intitulado "La Campaña de Sicilia, 1943":

"Durante el avance sobre Messina a lo largo de la carretera del norte en Sicilia, nosotros habíamos llevado a cabo una operación anfibia airosa y estábamos a punto de ejecutar otra cuando, poco después de la cena, el general Keyes, quien estaba con la 3ª División, me telefoneó que el general Bradley, comandante el II Cuerpo de Ejército, del cual la 3ª División era una unidad, y el general Truscott, comandante de la 3ª División, estaban ambos convencidos de que esta segunda operación anfibia era demasiado peligrosa y pedían autoridad para posponerla. Le dije al general Keyes que les dijera que la operación no sería pospuesta, y que yo iría para allá inmediatamente.

Me llevé conmigo al general Keyes, dejándolo en la playa, donde las tropas anfibiaas estaban siendo embarcadas con órdenes de que se asegurara de que ellas partieran. Entonces fui al cuartel del general de la 3ª División, el cual estaba bajo fuego limitado de artillería, y encontré al general Truscott, un oficial muy aguerrido, sufriendo de fatiga física tan extremada que él estaba convencido que la operación no podía tener éxito. Le ordené que llevara a cabo la operación, asegurándole que si triunfaba él recibiría todo el crédito, y que si fracasaba, yo me haría responsable del fracaso. Entonces llamé al general Bradley por teléfono y le dije lo mismo. Les dije a ambos que, teniendo plena confianza en ellos, yo iba a regresar a mis cuarteles generales, porque si permanecía junto a ellos no estaría demostrándoles mi confianza".

La próxima mañana recibí noticias de que el ataque había sido un éxito (2).

El general Washington interrumpió aquí la narración y le dio gracias al coronel Jomini. "General Patton, ¿reconoce usted ese resumen?".

"Sí, señor. Eso es una cita de mi diario".

(2) "War as I Knew It", George S. Patton, hijo. Houghton Mifflin Co., pág. 380.

"Exacto", dijo Washington. "¿Podría usted comentar algo más sobre sus acciones aquí?".

El general Patton comenzó diciendo: "Es una cosa muy difícil ordenar a dos oficiales en quien uno tiene confianza llevar a cabo una operación que ninguno de los dos cree posible (3). Casi me vi obligado a dirigir la segunda operación anfibia personalmente, pero me decidí en contra de ese curso de acción. Siempre he creído que la delegación de responsabilidad al igual que su aceptación requiere una relación sólida con los subordinados y superiores de uno. Esa relación sólida está basada primordialmente en la fe y la confianza mutuas que cada uno siente hacia el otro.

Me di cuenta que ambos generales estaban muy cansados, y ésa era la razón para su pesimismo. Era mi responsabilidad estimular su deseo de continuar "contribuyendo" a la operación en total. Si yo hubiera emprendido la tarea personalmente, ciertamente no hubiera descargado adecuadamente mi responsabilidad como comandante del Ejército, ni hubiera estado desarrollando adecuadamente a mis subordinados".

Amílcar Barca escuchaba atentamente y su pensamiento se remontó a la Primera Guerra Púnica. El recordó vívidamente su ocupación de Messina y las batallas subsiguientes con las Legiones Romanas enviadas a echarlo de Sicilia. Su reconstrucción mental fue tan realista que empezó a hablar para sí, y se le oyó murmurar, "Si yo hubiera usado el truco del joven Patton de un envolvimiento anfibia, yo hubiera derrotado a los romanos, estoy seguro. . . Mi hijo Aníbal no hubiera tenido que cruzar los Alpes para destruir a Roma. . . ¡Por Zeus!, hubiera sido Cartago y no Roma. . .".

"¡Un momento!", exclamó César al oír el monólogo. "Usted no está tomando en cuenta a los Legionarios Romanos. Ellos. . .".

"¡Silencio!", rugió Alejandro. "Este no es el momento ni el lugar para pelear sus campañas míticas. Prosiga con el caso, Jorge".

Washington le pidió a Patton que continuara su explicación.

(3) Ibid.

"Yo estaba seguro", continuó Patton "de que los alemanes estaban a punto de huir. Si yo podía evitar que se escaparan, como fácilmente lo pudieron haber hecho (si se les daban varias horas de tiempo), yo podría acabar con ellos con poco costo en vidas de soldados. Yo he estudiado todas sus campañas, y yo estaba seguro que los riesgos a sabiendas que usted tomó en situaciones similares probaron ser el factor decisivo en lograr la victoria al menor costo en vidas".

Patton miró el rostro sempiterno de Napoleón, y preguntó, "¿No dijo usted una vez, 'Al comienzo de una campaña, avanzar o no avanzar es una cuestión para considerarse detenidamente; pero una vez se ha comenzado la ofensiva, se tiene que mantener hasta el último extremo. Porque las retiradas siempre cuestan más hombres y material que las batallas más sangrientas, con esta diferencia: que en una batalla la pérdida del enemigo es casi igual a la suya, mientras que en la retirada la pérdida es de parte suya solamente?'".

Napoleón asintió con un movimiento de cabeza, y una sonrisa de reconocimiento iluminó su rostro ante la repetición de una de sus viejas máximas. Sin embargo, antes de que pudiera comentar, hubo una pequeña conmoción en el fondo del salón. El mariscal Vandamme se incorporó exclamando: "¿Entonces por qué rayos no persiguió usted a Schwarzenberg después de derrotarlo en Dresde en el 1813? Si usted no hubiera estado tan interesado en Josefina usted pudo haberlo destruido persiguiéndolo. ¡Pero no... usted lo dejó retirarse a sus anchas permitiéndole rodear mi fuerza en Kulm, donde él impasiblemente despachó nada menos que 20.000 de mis soldados para el otro mundo!".

La sonrisa de Napoleón se tornó en un gesto malhumorado. Una sombra de arrepentimiento le cruzó momentáneamente por el rostro. Se levantó y le ordenó al mariscal Foch escoltar a Vandamme fuera del salón. Cuando salían, Vandamme se volvió y apuntando con el dedo a Napoleón gritó: "¡La responsabilidad era suya, mi general!".

Una atmósfera de tensión invadió el salón. Alejandro se volvió hacia Napoleón y en voz alta le dijo: "¿Qué éxito tuvo usted, en su persecución de mademoiselle Josephine, mi general?".

Los soldados se rieron estruendosamente mientras Napoleón se mostraba visiblemente desconcertado. Enseguida Washington le pidió a Patton que continuara. "Yo estaba preparado para asumir toda la responsabilidad por esa segunda fuerza anfibia si fracasaba. Siempre me ha parecido que mi autoridad para dirigir me hacía responsable por los resultados si no ante mi comandante, entonces ciertamente ante Dios. La comprensión cabal de esta realidad es la peor carga de todas".

Patton guardó silencio mientras meditaba sobre los sucesos que habían transcurrido durante su juicio antes de ser enviado a Valhala. A pesar de que él creía honradamente que había hecho toda clase de esfuerzos para prepararse para su papel de caudillo en vida, agotado todos los esfuerzos y las energías en cada misión, él estaba perplejo ante el balance que le mostraron indicando las vidas sacrificadas en el desempeño de sus directivas. Tal vez fui muy débil, quizás debí haber sido más inexorable.

Washington interrumpió su introspección con una pregunta a la junta: "¿De-sean más interrogación?".

"Aparentemente no", contestó Alejandro, después de mirar a todos los miembros de la junta.

Jomini había preparado un expediente completo de las campañas de Patton y lo había enviado a la junta superior de revisión de táctica, donde había sido estudiado y criticado como sólo lo puede hacer una junta superior de revisión. Los resultados fueron entonces sometidos como evidencia.

Alejandro le preguntó a Federico si él tenía más testigos en conexión con su proyecto. Si ése era el caso, él podría examinarlos ahora y aprovecharse de los beneficios de cualquier ayuda que pudiera prestar la junta de directores.

Federico le indicó a Washington que prosiguiera.

"Caballeros, hay un testigo que está bien calificado para testificar, pero no está presente. Yo ordené que se llevara a cabo una investigación completa de todas las fichas de los oficiales recientemente asignados para determinar si había alguien que hubiera tenido una relación estrecha con el testigo ausente. Un oficial aquí presente está preparado para testifi-

car por el oficial ausente, sujeto, desde luego, a su aprobación".

"Esto es muy extraordinario, general Washington. Ordinariamente yo no permitiría esta violación a los precedentes, pero si va a tender a clarificar los asuntos ante este grupo, entonces puede proceder".

El general Washington volvió a llamar a Patton a testificar. Una vez sentado, Washington empezó a interrogarlo: "General, sus antecedentes indican que usted ha estado estrechamente asociado con el general Dwight David Eisenhower por muchos años durante su carrera activa ¿Es esto cierto?".

"Muy cierto", respondió Patton.

"¿Cuál es su opinión sobre él, general?". "Yo conozco al general Eisenhower como un caudillo militar sumamente sobresaliente de carácter y habilidad sin tacha".

"¿Puede usted recurrir a sus recuerdos y darle a la junta algunos ejemplos de su don de mando y sus técnicas? Entienda mi general, que usted no tiene que divulgar información que pudiera ser desfavorable para usted".

Patton inmediatamente respondió "General, yo no tengo absolutamente nada que ocultarle a esta junta ni a ninguna otra junta o corte. Además, me siento agraviado por cualquier implicación a efecto de que yo pueda estar ocultando alguna información a esta junta".

Alejandro le advirtió a Washington que tuviera precaución y le ordenó que hiciera su interrogatorio en tal forma como para indicar la completa fe que tenía la junta en la veracidad del testigo. Washington pidió excusas y Patton, todavía algo malhumorado, prosiguió con su declaración. "Como coronel, yo mandé una brigada de tanques en Francia durante la I Guerra Mundial. El general Eisenhower, para ese tiempo capitán, fue puesto a cargo de un centro de adiestramiento de tanques en los Estados Unidos. Era poco corriente que a un oficial de ese grado se le diera un destino de tal importancia y responsabilidad. Alrededor de 30.000 reclutas fueron enviados a su instalación para ser adiestrados en tanques. Ike, como le llamábamos afectuosamente fuera de la formalidad oficial, transformó ese campamento de un terreno deso-

lado en un centro de adiestramiento eficaz, un modelo a ser seguido por cualquier otro centro. El apoyo que se le dio al principio fue prácticamente ninguno y las circunstancias extremadamente difíciles. Además, se le dio un tanque para adiestrar a ese gran número de tropas. No obstante, él emprendió el trabajo con éxito encomiable. Los reemplazos que él me envió a ultramar estaban tan bien adiestrados que sólo era necesario un mínimo de tiempo para orientarlos en la operación de los vehículos a mi mando antes de entrar en combate.

"Cuando terminó la guerra fuimos destinados a la misma estación y mi impresión de su capacidad fue confirmada. Él consumió cantidades prodigiosas de energía en el estudio y análisis de las campañas recientemente concluidas, esforzándose por encontrar soluciones a los problemas. Siempre se esforzaba por estar preparado adecuadamente para el mando en caso que le ofrecieran la oportunidad en el futuro.

"Yo creo que el éxito de un jefe guarda proporción directa con su esfuerzo y energía aplicados en la preparación previa para posibles destinos a posiciones elevadas de gran responsabilidad. Las excusas de falta de conocimiento nunca han relevado la responsabilidad.

"Su preparación no fue en vano. A él se le asignó la tremenda responsabilidad de organizar y conducir las fuerzas aliadas en la II Guerra Mundial. Para ese tiempo ya me había sobrepasado en grado por su gran talento y capacidades de organizador".

"A él le tocó la tarea de unir todo el esfuerzo aliado".

Durante el comienzo de la declaración de Patton el duque de Marlborough había entrado silenciosamente y ocupado un asiento en la parte de atrás del salón. El viejo lidiador de campañas escuchó con creciente interés las observaciones sobre la unión de los esfuerzos aliados. Sin darse cuenta, se perdió en el mar de reminiscencias de los incontables obstáculos que se le presentaron durante su mando de la Gran Alianza en la Guerra de la reina Ana. Se volvieron a abrir viejas heridas al recordar las polémicas mezquinas y las maquinaciones que finalmente le costaron el mando. Una cosa le recordaba rápidamente otra: Lille, Gante, Blen-

heim, donde finalmente derrotó a Tallard. . . ¡Gibraltar pertenecía a Inglaterra! Especuló con la importancia política de esa adquisición, ya orgulloso al darse cuenta de su importancia militar y naval. Su mente en torbellino se fue aquietando lentamente para escuchar la voz potente de Patton describiendo un hombre que había afrontado y resuelto problemas similares y había marchado por los mismos campos de batalla.

"Durante los primeros días de nuestra campaña en el norte de Africa, Ike se vio hostigado por enredos políticos al igual que por problemas militares. Si la campaña había de progresar rápida y airoosamente, había que hacer toda clase de esfuerzos por ganarse la ayuda francesa desde el comienzo".

Un viejo guerrero francés que se cubrió de fama en Verdún se inmutó visiblemente cuando Patton describió el caos político que existió en aquellos días de prueba. Qué bien recordaba él, Petain, el embrollo político que precipitó las "humillaciones" que él sufrió en el ocaso de su carrera profesional; la "bota" del Eje lista para "ultrajar" a toda su amada Francia, sus promesas de defender los territorios o sufrir la ocupación total. . . Un deseo de unirse a los aliados y romper el yugo Libertad, Igualdad, Fraternidad, "Responsabilidad".

La irritación crecía en la voz de Patton a medida que continuaba: "La situación política estaba siendo tratada por el Departamento de Estado por sus propios conductos sin darle a Eisenhower notificación oportuna de sus acciones o decisiones. Cuando la situación, según Ike la veía, exigió que la solución era trabajar por mediación de Darlán, Ike se convirtió en la víctima propiciatoria en un embrollo político grandemente exagerado por oportunistas en todo el mundo. Cuando la pseudo oficialidad, representada por los políticos norteamericanos y extranjeros, ayudados por los periodistas, comprometieron su posición, Ike demostró su gran capacidad para asumir responsabilidad. Cualquier prestigio que pudiese haber perdido inadvertidamente por sus ineptitudes políticas iniciales fue más que compensado por su brillantez militar y su extraordinaria facilidad para lograr la unidad entre las varias nacionalidades dentro de su mando. El propio hecho de

que no hizo esfuerzo alguno por evadir la responsabilidad o alegar ignorancia de los detalles sobre los cuales tenía poco control, es prueba concreta de su lealtad y capacidad para aceptar la responsabilidad por su propia decisión sincera".

La noticia de que un recién llegado estaba siendo examinado se regó rápidamente hasta la cantina del club. Un viejo guerrero de espesa barba terminó de tomarse su trago en la cantina y se dirigió al salón donde se ventilaba el caso. El general Grant se sentó junto al general Pershing, quien lo enteró de lo que había ocurrido hasta la fecha. El aprecio del general Pershing hacia Patton había crecido constantemente desde que sirvieron juntos en la frontera mexicana. Cuando el tumulto de la Guerra Mundial estaba en su apogeo, el viejo Black Jack fue olvidado por todos excepto Patton. El recuerdo de aquella despedida en el lecho de enfermo del viejo guerrero todavía conmovía a Patton hondamente.

La voz de Patton levantóse aún más a medida que hablaba: "Ike aprendió su lección rápidamente. Ya no se dejaría apresarse otra vez en trampas políticas. Su diestro manejo de las implicaciones políticas envueltas en la liberación de París lo mismo que los problemas inherentes en el manejo de la vía jerárquica durante las campañas europeas contribuyeron inmensurablemente a la solidificación del esfuerzo aliado. Si yo fuera un político, yo lo consideraría seriamente como candidato a la presidencia".

Grant y Washington se estremecieron al oír esto. Al unísono ellos consideraron el gran abismo entre el manejo de asuntos militares y la dirección de las complicaciones intrincadas de los procedimientos democráticos de gobierno.

Alejandro Magno, César, Federico, Napoleón y muchos de los otros consideraron la sabiduría de que un soldado profesional asuma tales tremendas responsabilidades adicionales; pero aun ellos no estaban acostumbrados a la democracia y sus métodos ponderosos.

Patton continuó: "Cuando yo me enfurecí al ver a un soldado joven que a mi entender se estaba fingiendo enfermo para librarse de su deber en la campaña de Sicilia, yo le di una bofetada. Otra vez las repercusiones no guardaron proporción con el incidente y colocaron a Ike en una

posición terriblemente difícil. Yo creía sinceramente que mis responsabilidades ante los individuos en los hospitales y los otros que se jugaban la vida a diario en el campo de batalla exigían acción positiva drástica para evitar el fingimiento de enfermedades con todas sus manifestaciones viles.

"Ike tuvo que haber comprendido mis verdaderos motivos. A pesar de haberme dirigido una carta fuerte ordenándome que diera una excusa pública y llamando mi atención hacia el error craso en mi proceder, él me retuvo en su equipo. La presión de la moral del Ejército y la opinión pública era enorme; sin embargo, él aún se mantuvo a mi lado. Su trato hacia los elementos incompetentes y desleales a los cuales despedía sin miramientos estaba más que compensado por su lealtad a veces temeraria hacia los subordinados que él consideraba rectos, capaces, pero humanos.

"El tenía la habilidad de estimular a sus subordinados a realizar grandes esfuerzos. Ellos se sentían decorazonados cuando creían que sus resultados no eran los que él esperaba. He aquí la esencia del principio de la delegación.

"Al delegar enormes responsabilidades a sus comandantes principales, Ike nunca les echó la culpa a ellos cuando él era atacado por los resultados. Al mismo tiempo, él les permitía la mayor libertad de acción a esos subordinados, aun cuando la acción fuera crítica. Las interminables ramificaciones de protocolo —qué nacionalidad debería asumir el mando y quiénes y dónde deberían combatir— consistentemente enfocaron la opinión supercrítica mundial sobre sus decisiones".

"Discretamente él mantuvo el control e hizo las decisiones importantes. Sus reacciones eran inmediatas y sabias; él infundía confianza suprema, aun cuando en su interior él temblaba ante la enormidad de las consecuencias implicadas en algunas de esas decisiones".

Los viejos lidiadores se perdieron en reminiscencias vívidas de las terribles pruebas y tribulaciones impuestas sobre ellos como resultado de sus nombramientos a posiciones de responsabilidad. Muchos recordaron los deseos secretos de la paz y la complacencia que resultan del anonimato, los impulsos de tentación de

hacerse los desentendidos y dejar que la situación se desenvolviera por sí sola... ¡y al diablo el resto!

Pero cuando recordaban los éxitos debidos a los esfuerzos redoblados durante esos tiempos de prueba cuando se puso orden al caos, sus hombros se cuadraban, y surgía en ellos el orgullo de la labor cumplida del soldado. Los caudillos se crecen con la responsabilidad, los seguidores evaden sus efectos aterradoros.

Por un momento nadie se dio cuenta de que Patton había concluido. Todos en el salón repleto estaban silenciosos, en recordación feliz de la agitación de los viejos tiempos. De pronto Alejandro se enderezó en su asiento y preguntó: "¿Tiene usted algo más que decir, general Washington?"

"No en este momento, mi general".

Alejandro ordenó un receso y la junta se retiró a considerar el expediente y el testimonio ofrecido por Patton. Los miembros del proyecto de don de mando se reunieron en conferencia para determinar el impacto de las observaciones de Patton.

Varias horas más tarde se reabrió la vista. Inmediatamente el salón se llenó de espectadores distinguidos. Los generales Lee y Grant estaban en animada conversación cuando Foch ordenó silencio.

La junta entró y tomó asiento. Alejandro le preguntó a Federico si tenía alguna declaración que hacer. Federico se levantó y comenzó a leer de un documento preparado: "Disfrazada en las vestimentas del poder, la gloria, y la autoridad, la responsabilidad del mando es un calvario solitario, fatigoso, y exigente. Ha de ser desempeñado sólo por aquellos que no la temen, sino que aceptan su carga con avidez.

"Busque caudillos entre aquellos que buscan la responsabilidad y se preparan diligentemente para desempeñarla.

"Desarrolle el sentido de la responsabilidad entre sus subordinados para prepararlos para mayor capacidad.

"Delegue la autoridad; si no lo hace así, la responsabilidad se hará pronto tan pesada que usted fallará en desempeñarla debidamente o será aplastado por sus efectos onerosos.

"No hay duda de que la buena voluntad para aceptar la responsabilidad es realmente el fundamento de todo el don de mando.

"Los principios: Busque la responsabilidad y desarrolle la responsabilidad entre sus subordinados; y asuma la responsabilidad por sus acciones cualesquiera sean sus resultados, son principios válidos y pertinentes del don de mando".

Alejandro estuvo de acuerdo con la decisión del comité y ordenó a Patton que se parara frente a la junta.

El corazón de Patton latió más ligero; un imperceptible temblor agitó sus manos cuando se cuadró frente a la junta.

Los cadetes contemplando la estatua del general Patton en West Point observaron con asombro incrédulo las facciones de bronce ... ¿Podría ser posible?... ¿estaba la estatua sonriéndose, o era solamente una ilusión óptica causada a veces por el sol vertiendo sombras sobre el metal y la piedra?

Bibliografía:

General Omar N. Bradley, "A Soldier's Story"

General George S. Patton, hijo, "War As I Knew It".

General Dwight D. Eisenhower, "Crusade in Europe".

Harry H. Semmes, "Portrait of Patton".

Alden Hasth, "General Ike".

Kenneth S. Davis, "Soldier of Democracy".

William M. Mellor, "Patton, Fighting Man".

Kevin McCann, "Man from Abilene".

Alden Hatch, "Red Carpet for Mamie".

Theodore Dodge, "Great Captains", Volume I. Department of Tactics, United States Military Academy, "Principles and Techniques of Leadership".

De "Military Review".

